

-Me he atrevido a pensar -balbució Bernard-, que quizá Vuestra Fordería encontrarse en este asunto un interés científico suficiente.

-Si, encuentro suficiente interés científico -dijo la voz profunda-. Traiga a Londres con usted a esos dos individuos.

-No ignora Vuestra Fordería que necesitare un permiso especial...

-Las órdenes necesarias se enviarán en este mismo instante al Encargado de la Reserva. Puede pasarse inmediatamente por la Oficina del Encargado. Buenos días, míster Marx.

Se hizo el silencio. Bernard colgó el auricular y se apresuró a subir a la azotea.

-Oficina del Encargado -dijo al ochavón verde-Gamma.

A las diez cincuenta y cuatro, Bernard daba la mano al encargado.

-Encantado, míster Marx, encantado. -Su tonante voz estaba llena de deferencia-. Ahora mismo acabamos de recibir órdenes especiales...

-Ya sé -dijo Bernard interrumpiéndole-. He hablado con Su Fordería por teléfono hace un momento. - Su tono cansado implicaba que tenía por costumbre. Desplomóse sobre una silla. Si tuviese usted la amabilidad de dar los pasos necesarios lo más pronto posible. Lo más pronto posible -repetió enfáticamente. Se divertía de lo lindo.

A las once y tres tenía en su bolsillo todos los papeles necesarios.

-Hasta más ver -dijo protectoramente al Encargado, que le acompañaba hasta la puerta del ascensor-. Hasta más ver.

Fue andando hasta el hotel, tomó un baño, un vibromasaje por el vacío, afeitóse con un electrolítico, oyó las noticias de la mañana, miró la televisión un cuarto de hora, comió muy a gusto, y a las dos y media regresó volando con el ochavón a Malpaís.

El joven estaba ante la hospedería.

-¡Bernard! -llamó-. ¡Bernard! -No obtuvo respuesta.

Sin hacer ruido con sus mocasines de piel de gamo, subió las escaleras e intentó abrir la puerta. La puerta estaba cerrada con llave.

¡Se habían ido! ¡Ido! Era lo más terrible que jamás le había ocurrido.

Ella le había dicho que viniera a verlos, y se habían ido. Se sentó en las escaleras y se echó a llorar.

Media hora más tarde se le ocurrió mirar por la ventana. Lo primero que vio fue una maleta verde con las iniciales L.C. pintadas en la funda. Estalló en él la alegría como una llama. Cogió una piedra. El cristal roto tintineó en el suelo. Un momento después John estaba dentro de la

habitación. Abrió la maleta verde; y de repente hallóse respirando el perfume de Lenina, llenando sus pulmones con su ser hecho esencia. Sintió latir su corazón apresuradamente; por un momento creyó desmayarse. Inclinandose entonces sobre la preciosa caja, la tocó, la levantó a la luz, la examinó. Los cierres de cremallera de los pantalones de pana de glutina verde que trajo Lenina de reserva fueron primero un enigma; pero, en cuanto lo descifró, una delicia. Ris, ras; ris, ras, otra vez; estaba encantado. Las babuchas verdes de la joven eran lo más hermoso que había visto nunca. Desplegó una combinación con cierre de cremallera, se ruborizó, y la volvió en seguida a su sitio; pero besó en cambio un perfumado pañuelo de acetato y echóse al cuello una bufanda. Al abrir una caja esparció una nube de polvo perfumado. Se puso las manos blancas como si las hubiese metido en harina. Limpióselas con el pecho, en los hombros, en los brazos desnudos. ¡Delicioso perfume! Cerró los ojos; restregó su mejilla contra el empolvado brazo. Contacto de piel lisa con su rostro, perfume de polvos almizclados en su nariz; era su presencia real.

-¡Lenina! -susurró-. ¡Lenina!

Un ruido le sobresaltó, e hizo volverse sintiéndose culpable. Volvió a meter en la maleta sus hurtillos, y cerróla; escuchó otra vez, miró. Ni una señal de vida, ni un rumor. Y sin embargo había oído algo, algo como un suspiro, como un crujido del tillado. Fue en puntillas hasta la puerta y, abriéndola cautelosamente, hallóse frente a un largo pasillo. Al extremo había otra puerta entreabierta. Salió, empujóla y se asomó.

En un lecho bajo, las sábanas echadas hacia los pies, con un pijama rosa de una pieza y cierre de cremallera, yacía Lenina, profundamente dormida y tan bella entre sus bucles, tan infantilmente atrayente con los rosados deditos de sus pies y su grave y adormecido rostro, tan confiada en el abandono de sus suaves manos y sus laxos miembros, que sintió que se le saltaban las lágrimas.

Con infinitas y completamente innecesarias precauciones, pues se hubiese necesitado cuando menos el ruido de un disparo de pistola para traer de nuevo a Lenina a la vida antes del tiempo que duraba el efecto del *soma*, entró en el cuarto, y arrodillóse junto al lecho. La contempló, cruzó las manos, sus labios se movieron:

-Sus ojos -murmuró:

Sus ojos, sus cabellos, su mejillas,
sus andares, su voz; tú los manejas
en tu discurso, ¡y esa mano a cuyo
lado los blancos son cual tinta
escribiendo sus tachas, cuyo suave
tocar hace que rudo nos parezca
el pulmón de los cisnes...!¹

Her eyes, her hair, her cheek, her gait, her voice;
Handlest in thy discourse, O! that her hand,
In whose comparison all whites are ink
Writing their own reproach; to whose soft seizure
The cygnet's down is harsh,

(Troilus and Cressida, I,1).

Zumbaba alrededor de ella una mosca; oxeóla con la mano.

-Las moscas -recordó.

Sobre el milagro blanco de la mano
de mi Julieta, pueden detenerse,
robar la gracia inmortal de sus labios,
si; pero ante su púdica modestia
de vestal, enrojecen cual juzgando
culpables a sus besos....2

Muy despacio, con el ademán vacilante de quien se inclina para acariciar a un tímido y quizá un poco peligroso pájaro, alargó la mano. Pero se quedó temblando a dos centímetros de aquellos dedos blandamente colgantes, a punto de tocarlos. *¿Se atrevería? Se atrevería a profanar con su mano, la más indigna* que...No, no se atrevía. El pájaro era muy peligroso. Volvió atrás la mano. ¡Qué hermosa era! ¡Qué hermosa!

Pensó entonces de pronto que sólo tenía que coger la cremallera que ella tenía al cuello, y de un solo tirón....Cerró los ojos, sacudió la cabeza como un perro que sacude las orejas al salir del agua. ¡Abominable pensamiento! Se avergonzó de sí mismo. Púdica modestia de vestal.....

Sintióse un zumbido en el aire. *¿Otra mosca que quería robar la gracia inmortal de sus labios? ¿Una avispa? Miró, no vio nada. El zumbido se hacía cada vez más intenso, localizándose precisamente entre las cerradas ventanas. ¡El avión! Presa de pánico púsose en pie, corrió a la otra habitación, salió de un salto por la abierta ventana, y apresurándose por la senda, entre las altas pitas, llegó a tiempo para recibir a Bernard Marx cuando bajaba del helicóptero.*

2

On the white wonder of dear Juliet's hand, may seize
And steal immortal blessing from her lips,
Who, even in pure and vestal modesty,
Still blush, and thinking their own kisses sin.

(Romeo and Juliet I, 5).

3

If I profane with my unworship hand
This holy shrine

(Romeo and Juliet, I, 5).

CAPÍTULO X

Las manecillas de los cuatro mil relojes eléctricos de las cuatro mil salas del Centro de Bloomsburry señalaban las dos y veintisiete. "Esta industriosa colmena", como tanto le gustaba denominarla al Director, se hallaba en pleno zumbido de trabajo. Todos estaban ocupados, todo en ordenado movimiento. Bajo los microscopios, sacudiendo furiosamente su larga cola, los espermatozoides abríendose camino, horadando de cabeza los óvulos; y los óvulos ya fecundados se dilataban, se dividían, o si eran bokanowkyficados, retoñaban y estallaban en poblaciones enteras de distintos embriones. Desde la Sala de Predestinación Social, los montacargas bajaban zumbando a los sótanos, y allí, en la rojiza penumbra, sazonzándose al calor de su capa de peritoneo, y atiborrados de sangre artificial y de hormonas, crecían y crecían los fetos, o bien, envenenados, languidecían en una encanijada epsilon. Con un leve zumbido, y un ruido ligero, los portaenvases recorrían de un modo imperceptible durante varias semanas todas las edades del pasado en abreviatura, hasta que en la Sala de Decantación, los recién desvenados bebés lanzaban su primer vagido de horror y pasmo.

Las dínamos jadeaban en el sótano, los ascensores subían y bajaban a toda marcha. En los doce pisos de salas para niños, era la hora de la comida. De mil ochocientos biberones, mil ochocientos neños cuidadosamente etiquetados chupaban simultáneamente su medio litro de secreción externa pasteurizada.

Encima de ellos, en los diez pisos sucesivos dedicados a dormitorios, los niños y niñas que necesitaban aún echar la siesta estaban tan ocupados como los demás, aunque sin saberlo, escuchando inconscientemente hipnopédicas lecciones de higiene y sociabilidad, conciencia de clase y los primeros pinitos de vida erótica. Encima de ellos aún, estaban las salas de recreo y, habiéndose metido el tiempo en aguas, novecientos niños mayores se distraían con juegos de construcción y modelado, el escondite y los juegos eróticos.

¡Zum, zum! La colmena zumbaba activa, gozosamente. El canto de las jóvenes inclinadas sobre sus tubos de ensayo subía alegremente, los Predestinadores silbaban mientras trabajaban, y en la Sala de Decantación cambiábase chistes por encima de los vacíos envases. Pero el rostro del Director, cuando entró con Henry Foster en la Sala de Fecundación, era grave, petrificado a fuerza de severidad.

-Un escarmiento público -iba diciendo-. Y en esta sala, porque en ella hay más trabajadores de las castas superiores que en ninguna otra del Centro. Le he dicho que venga aquí a las dos y media.

-Hace muy bien su trabajo -dijo Henry, intercediendo con una generosidad hipócrita.

-Lo sé Razón de más para ser severo. La eminencia intelectual acarrea las correspondientes responsabilidades morales. Cuanto más grande es el talento de un hombre, mayor es su poder para extraviar a los otros. Preferible es que sufra uno a que muchos sean corrompidos. Considere el asunto desapasionadamente, míster Foster, y verá que no hay crimen tan nefando como la heterodoxia en la conducta. El asesino mata sólo al individuo y, después de todo, ¿qué es un individuo? -Con un amplio ademán, señaló las filas de microscopios, los tubos de ensayo, las incubadoras-. Podemos hacer un nuevo ensayo con la mayor facilidad, y tantos como queramos. La

heterodoxia amenaza algo muy diferente que la vida de un mero individuo: ataca a la Sociedad misma. Sí, a la Sociedad misma -repitió-. ¡Ah! ¡Aquí está!

Bernard entró en la sala y avanzaba hacia ellos entre las filas de fecundadores. Una leve capa de pretenciosa confianza en sí mismo velaba a duras penas su nerviosismo. La voz con que dijo:

-Buenos días, señor Director -era absurdamente alta; y, para corregirlo, dijo:

-Me rogó usted que viniese a hablarle aquí -ridículamente bajo, un chillido de ratón.

-Sí, míster Marx -dijo el Director con un tono de mal agüero-. Le he rogado que viniera a verme aquí. Regresó usted de sus vacaciones ayer noche, según creo.

-Si -respondió Bernard.

-Sí -repitió el Director, alargando la *i*. Y alzando súbitamente la voz:

-Señoras y señores -clamó: Señoras y señores.

El canto de las chicas sobre los tubos de ensayo, el pensativo silbar de los microscopios, cesó de repente. Se hizo un profundo silencio; todos se volvieron.

-Señoras y señores -repitió el Director una vez más-. Dispénsame el que interrumpa vuestros trabajos. Un penoso deber me obliga. La seguridad y estabilidad de la Sociedad corren peligro. Sí, corren peligro, señoras y señores. Este hombre -y señaló acusadoramente a Bernard-, este hombre que ven ante ustedes, este Alfa-Más a quien tanto se le ha otorgado, y del cual, por consiguiente, tanto podía esperarse, éste su colega (o ¿no sería mejor me anticipase y dijera ex colega?) ha traicionado groseramente la confianza depositada en él. Por sus heréticas opiniones sobre el deporte y el *soma*, por la escandalosa heterodoxia de su vida sexual, por su resistencia a obedecer las enseñanzas de Nuestro Ford y a conducirse fuera de sus horas de trabajo "como un tubo de envase" -aquí el Director hizo el signo de la T- se ha declarado enemigo de la Sociedad, un subversivo, señoras y señores, de todo Orden y Estabilidad, un conspirador contra la Civilización misma. Por esta razón me propongo expulsarle, expulsarle ignominiosamente del puesto que ha ocupado en este Centro; y me propongo pedir su inmediato traslado a un Subcentro de la menor categoría y, para que este castigo pueda servir mejor a los intereses de la Sociedad, lo más lejos posible de todo Centro importante de población. En Islandia tendrá pocas ocasiones de descarriar a nadie con su antifordiano ejemplo.

El Director hizo una pausa; después, cruzándose de brazos y vuelto teatralmente a Bernard:

-Marx -dijo- ¿tiene alguna razón que alegar para que no ejecute la sentencia pronunciada contra usted?

-Sí -respondió Bernard muy alto.

Algo desconcertado, pero majestuosamente aún:

-Expóngala -dijo el Director.

-Bueno. pero está en el pasillo. Un momento.

Bernard corrió hacia la puerta y la abrió de par en par.

-Entre -ordenó, y la razón entró y se hizo ostensible por sí misma.

Hubo un convulsivo jadeo, un murmullo de pasmo y de horror; una muchacha empezó a dar gritos; subiéndose a una silla para ver mejor, alguien tiró dos tubos de ensayo llenos de espermatozoides. Hinchada, arrugada entre aquellos cuerpos juveniles y firmes, entre aquellos rostros que nada deformaban, como un monstruo extraño y espantoso, de edad madura, avanzó Linda en la habitación sonriendo coquetona con su rota y descolorida sonrisa, moviendo al andar, con movimiento que creía una ondulación voluptuosa, sus caderas enormes, Bernard iba a su lado.

-Aquí está -dijo señalando al Director.

-¿Se creía que no lo reconocería? -dijo Linda indignada; y volviéndose al Director-: ¡Vaya si le he reconocido; Tomakin, te hubiese reconocido en cualquier parte, entre mil! Pero quizá tú me hayas olvidado. ¿No te acuerdas? ¿No te acuerdas, Tomakin? ¡Tu Linda!

Se le quedó mirando, ladeada la cabeza, sin dejar de sonreír, pero con una sonrisa que progresivamente, ante la expresión de petrificado disgusto del Director, iba perdiendo aplomo, con una sonrisa que se apagaba, y finalmente se extinguía.

-¿No te acuerdas, Tomakin? -repetía con voz trémula.

Tenía la mirada ansiosa, agónica. El rostro abotagado y lleno de ronchas estremecióse grotescamente en una mueca de agudo dolor.

-¡Tomakin! -Y le tendió los brazos. Uno empezó a reír burlonamente.

-¿Qué significa esta -empezó a decir el Director- monstruosa...

-¡Tomakin! -adelantóse, arrastrando tras ella su manto, y echándole los brazos al cuello reclinó su cabeza en el pecho de él.

Las risas volviéronse irreprimibles alaridos.

-...esta monstruosa farsa? -gritó el Director.

Encarnado como un tomate, trató de librarse del abrazo de Linda. Desesperadamente se asía ella:

-Pero si soy Linda, si soy Linda.

Las risas ahogaron su voz.

-Tú me hiciste un niño -aulló, dominando el barullo.

Hubo un súbito y embarazoso silencio; las miradas flotaban azoradas, sin saber dónde

posarse. El Director palideció bruscamente, cesó de forcejear y detúvose con las manos en las muñecas de Linda, mirándola espantado con los ojos muy abiertos.

-Sí, un niño, y yo soy su madre.

Lanzó esta obscenidad como un desaffo en el vejado silencio; y luego, apartándose bruscamente de él, llena de vergüenza, se cubrió el rostro con las manos, sollozando.

-No fue culpa mía, Tomakin, pues yo hacía siempre mis ejercicios malthusianos, ¿no es cierto? ¿No es cierto? Siempre.... No sé cómo fue.... Si vieses lo horrible que es. Tomakin.... Pero él me ha sido un gran consuelo, a pesar de todo.

Y volviéndose hacia la puerta:

-¡John! -gritó. ¡John!

Entró en seguida, detúvose un instante junto a la puerta, miró en torno y, quedo, con sus pies calzados de mocasines, cruzó rápidamente la sala, cayó de hinojos ante el Director, y dijo con voz clara:

-¡Padre mío!

Esta palabra (pues "padre" no era tan obscena, tenía menos relación con el desvío moral que representaba el tener un hijo; sino simplemente grosera, una incorrección escatológica, más bien que pornográfica), esta palabra cómicamente indecente alivió la tensión, del todo intolerable. Estallaron risas enormes, casi histéricas, carcajada tras carcajada, como si no fuesen a terminar nunca.

-Padre -¡nada menos que el Director! -¡Padre! ¡Oh, Ford! ¡Oh, Ford! Sí que estaba bueno.

Los hipos y las carcajadas se sucedían. Las caras parecían iban a estallar, las lágrimas corrían. Otros seis tubos de espermatozoides cayeron al suelo.

-¡Padre mío!

Pálido, furiosos los ojos, el Director miraba en torno, en la agonía de una enloquecedora humillación.

-¡Padre mío!

Las risas que parecían haberse extinguido, brotaron otra vez y más fuerte que nunca. Tapóse los oídos con las manos y salió corriendo de la sala.

CAPÍTULO XI

Tras la escena de la Sala de Fecundación, el mundillo de las castas superiores de Londres ansiaba ver aquella deliciosa criatura que se había postrado de hinojos ante el Director de Incubación y Acondicionamiento; -o mejor dicho, el Ex Director, pues el pobre hombre dimitió inmediatamente y no había vuelto a poner los pies en el Centro-, y le había llamado (¡la cosa era demasiado buena para ser cierta!) "padre mío"

Linda, por el contrario, no despertó entusiasmo alguno; nadie sentía el menor deseo de verla. Decir de alguien que era madre, pasaba ya de broma: era una obscenidad. Y además no era una salvaje auténtica, había salido de un envase y la habían acondicionado como a cada quisque; así, pues, no podía tener ideas verdaderamente raras. Finalmente -y ésta era la principal razón por la que nadie quería ver a la pobre Linda- tenía en contra su aspecto. Gorda; la juventud perdida; con sus dientes cariados y su tez llena de ronchas, y aquella pinta. ¡Ford! No se la podía mirar sin sentir náuseas; sí, náuseas. Así, pues, las gentes de viso estaban firmemente decididas a no ver a Linda. Y Linda, por su parte, tampoco deseaba verlas. La vuelta a la civilización era para ella la vuelta al *soma*, era la posibilidad de estar echada y tomarse vacaciones tras vacaciones, sin sentir nunca al despertar ni jaqueca ni vómitos, sin sentir nunca lo que se sentía después del *peyotl*: la sensación de haber hecho algo tan vergonzante antisocial que jamás se podía ya llevar la cabeza alta. El *soma* no gastaba bromas tan pesadas. Las vacaciones que proporcionaba eran perfectas, y si la mañana siguiente era desagradable, no lo era intrínsecamente en sí, sino en comparación con los goces de las vacaciones. El remedio consistía en estar en continuas vacaciones. Glotonamente, pedía cada vez mayores y más frecuentes dosis. El doctor Shaw dudó al principio; después dejaba tomar cuanto quiso. Llegó a ingerir hasta veinte gramos por día.

-Esto acaba con ella dentro de un mes o dos -confió el doctor a Bernard-. El mejor día se le paralizará el centro respiratorio. No volverá a respirar. Terminado. Y es lo mejor. Si pudiéramos rejuvenecer, sería otra cosa. Pero no podemos.

Cosa sorprendente, según el sentir de todos (pues durante sus sesiones de *soma* Linda estaba convenientemente apartada), John puso reparos.

-Pero ¿no le acorta usted la vida dándole tanto?

-En un sentido, sí, -concedió el doctor Shaw-. Pero en otro se la alargamos.

El joven abrió mucho los ojos, sin comprender.

-El *soma* hace perder algunos años en el tiempo -prosiguió el doctor-. Pero piense usted en el enorme, inmensa duración que puede darle fuera del tiempo. Cada vacación de *soma* es un fragmento de lo que nuestros antepasados llamaban la eternidad.

John empezaba a comprender.

-La eternidad estaba en nuestros labios y en nuestros ojos 1 -murmuró.